

REVISTA INTERCONTINENTAL DE
PSICOLOGÍA
y **EDUCACIÓN**

Revista Intercontinental de Psicología y Educación

Universidad Intercontinental

ripsiedu@uic.edu.mx

ISSN (Versión impresa): 0187-7690

MÉXICO

2007

José Ángel Vera Noriega

CONDICIONES PSICOSOCIALES DE LOS NIÑOS Y SUS FAMILIAS MIGRANTES
EN LOS CAMPOS AGRÍCOLAS DEL NOROESTE DE MÉXICO

Revista Intercontinental de Psicología y Educación, enero-junio, año/vol. 9, número 001

Universidad Intercontinental

Distrito Federal, México

pp. 21-48

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



Condiciones psicosociales de los niños y sus familias migrantes en los campos agrícolas del noroeste de México

José Ángel Vera Noriega

Resumen

Se llevó a cabo un estudio a través de visitas y entrevistas en doce campos agrícolas en Sinaloa y Sonora, México. Cada una de las sedes aportó la experiencia migratoria de quince a treinta familias bajo una entrevista semiestructurada, abierta y flexible, que fue grabada en audio y después transcrita y analizada bajo categorías o dimensiones que reconstruyen la vivencia del niño y su relación con padres, amigos, profesores, capataces, mayordomos y “enganchadores”, privilegiando el proceso de crianza y el desarrollo del niño hasta los catorce años. Los resultados indican que desde los factores expulsivos se combinan la condición de pobreza extrema, la expectativa de éxito promovida por un falso discurso de los “enganchadores” y de los

Abstract

A study about twelve agricultural fields in Sinaloa and Sonora, Mexico was carried out through visits and interviews. In each one of the sites the migratory experience of fifteen to thirty families was recollected in an open, flexible and semi-structured interview, that was recorded in audio and later transcribed and analyzed under categories or dimensions that rebuild the living experiences of the children and their relationship with their parents, friends, teachers, foremen, “mayordomos”, swindlers, favoring the upbringing process and the development of children until their fourteen years of age. Results point out that expelling factors combine with extreme poverty conditions, success expectations promoted by the falseness of swindlers’s speech and of the

p. 19: Foto de Stefanie Soehlemann, Belice, 2002.
p. 20: Foto cortesía de Ludmila Biriukova.

DR. JOSÉ ÁNGEL VERA NORIEGA: Investigador titular del Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, A.C., Hermosillo, Sonora, México. [avera@ciad.mx]

Revista Intercontinental de Psicología y Educación, vol. 9, núm. 1, enero-junio de 2007, pp. 21-48.
Fecha de recepción: 15 de julio de 2006 | fecha de aceptación: 29 de marzo de 2007.

pares con experiencia. Para el caso de la vivencia de jornaleros agrícolas que migran con sus hijos, los niños no representan un obstáculo, sino un apoyo y una necesidad afectivo-emocional. Las condiciones sanitarias, educativas, de alimentación y recreación están ausentes o son de baja calidad en los campos agrícolas, pues no se consideran necesarios para lograr un desempeño laboral eficiente. Existe una racionalidad económica para elegir y promover comportamientos adecuados dentro de la propiedad privada, que privilegia la ganancia por encima del desarrollo de capital humano.

PALABRAS CLAVE

familias migrantes, campos agrícolas, niños, nómadas, tránsito

experienced companions. In the case of the experience of agricultural workers that migrate with their children, parents do not see their children as an obstacle, but as a support and an emotional-affective need. Sanitary, feeding, educational and recreational conditions are absent or of very low quality in the agricultural fields since these services are not considered a necessity to achieve efficient working performance. There is an economical rationality to select and promote adequate behaviors within private property, which in turn favors profits far beyond the development of human capital.

KEY WORDS

migrant families, agricultural fields, children, nomads, transit

Contextos

Este artículo pretende divulgar algunas consideraciones sobre aspectos sociales y psicológicos que permitan entender los procesos itinerantes de un grupo de la población que, en su lucha por la sobrevivencia, debe emigrar de sus pueblos y ciudades en el sur de nuestro país a los campos agrícolas del norte de México. Algunos comentarios tienen basamento documental; otros son resultado de datos colaterales, pero todas las propuestas y sugerencias tienen la intención de plantear un problema y soluciones que nos ayuden a entender y cambiar la realidad social y personal de este grupo social.

Este documento se divide en tres secciones: las expectativas de una sociedad nómada dedicados al campo, la estructura e intereses sociales de grupos en tránsito y, finalmente, algunas notas sobre la familia, la escuela y la empresa.

Este preámbulo reflexivo y académico conforma la línea basal conceptual sobre el contexto y dinámica de un grupo humano con réplicas en todos los continentes para resolver el problema de mano de obra en el sector primario y, por lo tanto, puede ser útil para la estructuración técnica de colectivos humanos en tránsito desplazados por las ventajas laborales. Constituye, también, un prólogo de ubicación para darle un sentido de pertinencia a propuestas de cambio en el campo educativo y social que se desarrollan al final del documento.

Desde nuestra visión sedentaria, nos parece inexplicable que aún existan grupos de población que utilicen el nomadismo como alternativa de sobrevivencia. Lo menos sorprendente es que la peregrinación esté motivada por la necesidad de alimento y protección, sino más bien que se fundamente en un juicio de autoeficacia que dista mucho de la realidad. Cuando los grupos se trasladan a lugares más confortables y productivos como parte de un proceso comunitario que se transmite de generación en generación, gran parte de la continuidad de estos ritos y mitos son explicados por la tradición, como sucede aún con algunos grupos nómadas en la región ártica, mongola y tibetana. Pero cuando se nace con una visión sedentaria, vinculado a una comunidad rural o semiurbana y la falta de recursos básicos para sobrevivir expulsa a una familia para buscar un empleo en el campo, la situación se transforma, se vuelve patética y genera espacios desconocidos para la mayoría de esta población. Este contexto que promueve la reproducción social de los desplazados está signada por un sistema de desigualdad e injusticia social.

El proceso está compuesto por tres elementos: falta de excedentes para invertir en la educación y salud, desempleo y tierras improductivas, y un mesías con propuestas de una vida idílica. En la pobreza extrema en la que viven muchas familias en el sur de México, por lo general las personas no utilizan los recursos conductuales de planeación, sino que viven una vida al día, sin excedentes. Los lazos de unión a la comunidad se basan en afectos familiares y filiales y en la protección que la organización comunitaria puede ofrecer a las familias. En estos lugares las instituciones son muy débiles y no constituyen pilares de negociación y mediación ciudadanas; las

organizaciones sociales no formales (pandillas, asociaciones delictivas y traficantes) son mucho más poderosas e imponen su ley. Este proceso descompone las expectativas de protección y sobrevivencia y envuelve a los pobladores en un sentimiento de alta vulnerabilidad y riesgo.

Sin alternativas de trabajo y ascenso social, la figura mesiánica del “cuadrillero” que se acerca a las comunidades más miserables y utiliza un discurso de prosperidad y beneficios familiares estimula los sueños de los incautos que prefieren enfrentar los riesgos de la aventura a continuar con el proceso de degradación y deterioro de las condiciones de vida. El desplazado social se asume entonces bajo el discurso oficial como jornalero agrícola migrante. Este proceso llevará, según sea el caso, uno o varios años en los que transitará a través de un menú muy diverso de condiciones de vivienda, sueldo, prestaciones, educación, salud y alimentación, hasta encontrar la tierra prometida.

En el campo agrícola, la vivienda se define en un espacio de tres por seis metros con una escuadra de cemento arriba y abajo, simulando una litera, en el cual será colocada la cocina, la sala y los espacios para el guardado de ropa y enseres. Frente a la realidad que los abate, el sueño de un lugar para vivir —aunque no sea propio—, una escuela para sus hijos —aunque sea de mala calidad— y la seguridad social del Estado —más onírica que empírica—, constituyen, junto con con la permanencia en el trabajo, un paquete conceptual construido desde su configuración como desplazados por la miseria. De la tierra prometida al país del “nunca jamás”, es decir, del momento del asentamiento, al sueño de la movilidad social y el compromiso que los hijos nunca jamás transitarán por el viacrucis del desplazamiento.

El temor a los pecados de la clase media —embarazos adolescentes, adicciones, fracaso escolar, cambio de preferencias sexuales, entre otros— conforman en los itinerantes las representaciones de la juventud citadina que, en su momento, fueron el espíritu que le dio sentido y motivo a la migración y que, al momento del sedentarismo, se invierte y transforma a los padres tanto en mártires de un proceso difícil y aleatorio, como en héroes que rescatan a sus hijos de las perversas costumbres de la ciudad.

Esta condición los hace vulnerables a la cohesión, al mandato, a la desigualdad y a la intolerancia en los campos agrícolas. Los dueños de sus vidas son los mayordomos y administradores, porque su falta de información, capacidad analítica y conceptual no les permite entender los procesos de gestión para defender y exigir sus derechos humanos y laborales. Incluso la figura patriarcal de los patrones les ofrece seguridad, protección y un sentimiento de agradecimiento y sumisión; coloca en desventaja combativa a los miles de jornaleros agrícolas que han logrado empoderar a los dueños como los benefactores en el plano de las políticas sociales de este país y no han podido ni siquiera alcanzar la estructura de una organización nacional que defina un plan de acción para transformar las condiciones de vida y bienestar en los campos agrícolas.

Las expectativas de una sociedad nómada dedicada al campo

En general, los jornaleros tienen una expectativa de éxito que se vincula al destino y al trabajo, en donde el tiempo libre y, por tanto, la planeación de recreaciones, es inexistente. Prevalecen formas emocionales y de evitación para enfrentar problemas con un autoconcepto recio, agresivo, trabajador, honesto y tenaz. Se prevé que esta población tiene un alto nivel de bienestar subjetivo, vinculado con la familia, la pareja y amigos (Vera y Tánori, 2002). Como los niveles de educación son muy elementales, es poco posible encontrar personas capaces de llevar a cabo una planeación de su vida y un discurso articulado —sobre todo, coherente y congruente. En un ambiente con un nivel de argumentación centrado en objetos y eventos presentes y/o con demoras muy breves, aunado a una lógica conceptual simple, es más probable que una diferencia entre personas o familia termine en una riña verbal o física. El evento tiene una causalidad externa, una orientación al éxito centrada en ganar en el presente, sin esfuerzos de planeación al futuro, no por su desinterés sino por falta de habilidades y recursos (Laborín y Vera, 2000).

Hasta aquí hemos enunciado algunas propiedades psicosociales de los

indígenas migrantes que laboran como jornaleros en los campos agrícolas: 1) se trata de personas con profundas e históricas necesidades básicas no cumplidas; 2) estas necesidades se convierten en un eje de motivación que hace que el discurso del cuadrillero se convierta en una propuesta envidiable y alcanzable, y 3) ante los obstáculos, se reconoce al destino o a Dios como forma de atribuir el fracaso y el esfuerzo personal por el éxito. De manera directa se enfrenta a la autoridad inmediata o al cuadrillero, pero se evita al mayordomo, supervisor o capataz.

Por lo general, los hombres jóvenes son los que inician el proceso itinerante hacia el norte; en un principio, los instintos adolescentes y los efluvios de la juventud son los que les permitan lograr una jerarquía dentro del grupo, además de la expectativa de acumulación de capital. Poco después se incorpora la pareja al proceso de nomadismo para atender las labores de alimentación, vestido y limpieza, y para trabajar conjuntamente. Esto no siempre trae consigo la prosperidad sino el conflicto entre la pareja, ya que el hombre se siente propietario de los productos del trabajo de la mujer y los utiliza para placer personal (Muñoz, 1996). En un tercer momento se migra con los hijos, lo que representa una carga para el campo, que tiene que pagar los gastos de cuidado, alimentación y salud del infante. En este momento, la familia decide trabajar en aquellos campos que ofrezcan el mayor número de comodidades y cuidados a los hijos, aun cuando no sean los de mejores salarios.

Los jornaleros que migran solos son los que, la mayoría de las veces, tienen tierras o parcela en su localidad o parientes que pueden cuidar de su familia mientras regresan. Los que migran con sus familias son los más pobres y carecen de tierra, siguen las rutas más largas y pasan largos periodos fuera de casa (Morett y Cosío, 2004: 53-59).

En las comunidades de origen denominadas expulsoras, las familias y sus habitantes pueden ser clasificados en términos de una dicotomía: los que asumen el riesgo de migrar porque suponen que tienen las habilidades y competencias para desempeñarse adecuadamente en los campos agrícolas, mismas que aprendieron con sus padres en las parcelas de temporal y que constituyen un vínculo de aprendizaje no sólo con los progenitores sino con

la cultura étnica, por lo general, y aquellos otros que se niegan a partir no sólo por no tener las necesidades de los primeros, sino porque se consideran diferentes en sus habilidades para enfrentar los riesgos y los retos de una vida errante. Estos riesgos y retos son fundamentalmente aquellos vinculados al proceso de aculturación. La bibliografía reporta que, en los lugares de origen, la diferencia entre los que llevan una vida sedentaria y aquellos con una vida nómada, se encuentra vinculada al apego familiar y a las costumbres, en las que se integran no sólo la fiesta y la danza, sino la concepción de la tierra, el trabajo, la recreación, la religión y, principalmente, la de la vida y la muerte (Sánchez, 1992).

Según Morett y Cosío (2004: 40-43), existen cinco rutas migratorias; en cada una de ellas está la posibilidad de migrar con un solo destino y volver al lugar de origen (oscilatorio), o transitar por varios lugares y regresar al punto de origen (golondrino o itinerante). En este artículo analizaremos los datos y observaciones obtenidos en la ruta Pacífico, constituida por trabajadores provenientes de las regiones más pobres del país, principalmente indígenas con centros de expulsión en Oaxaca, Guerrero y Michoacán, con destino a Sonora, Sinaloa y la península de Baja California. De los casi dos millones de jornaleros migrantes, 30% corresponde a un grupo indígena (Arroyo, 1997). El grupo zapoteca y mixteca es predominante (60% en conjunto) y 30 % más son nahuas y amusgos, de los cuales la mitad no ha ido a la escuela y no sabe leer ni escribir. Por otro lado, 25% de los trabajadores jornaleros migrantes es del sexo femenino, con edad promedio de 30 años, lo que indica su incorporación más temprana a la mano de obra en el campo. De las mujeres, 72% no sabe leer ni escribir un recado, cifra ligeramente superior a 70% de los hombres (Morett y Cosío, 2004: 103-107).

Las personas migran fundamentalmente por falta de trabajo en sus comunidades (85%), por los bajos salarios en sus localidades (50%) y por las atractivas ofertas de los “enganchadores” (45%). Según Sánchez (2000), en su gran mayoría se trata de familias campesinas que cuentan con algún tipo de parcela o tierra para sembrar, y los periodos de siembra y cultivo condicionan los tiempos de migración. Se trata de pequeñas localidades de agricultura de subsistencia en tierras de temporal —70% de

ellos son municipios indígenas—, predominando la región mixteca, los valles centrales de Oaxaca y la región de la montaña de Guerrero.

Entender las condiciones propias de los migrantes y describir las variables sociales, históricas y psicológicas que permean cada una de estas realidades permite la búsqueda de alternativas para el diseño de programas que involucren a los indígenas en los procesos de desarrollo y apropiación del patrimonio cultural universal y que, a su vez, sean lo suficientemente democráticos y participativos para que no dependan de teorías y discursos alejados de las posibilidades de negociación, estructura y funcionamiento de los pueblos.

En este segmento se quiere dejar claro, a través de los estudios llevados a cabo y de la voz de los jornaleros agrícolas, que su percepción de bienestar mejora y se transforma, además de que las personas reportan cambios en sus vidas cotidianas que las hacen considerarse como más felices. Se modifican también sus características de autoconcepto al incorporar más elementos relacionados con la socialización y la expresividad; las relaciones de la familia incrementan los aspectos de cohesión y comunicación como un efecto de contraste al incorporarse a un mundo de desconocidos, dos mundos que se permiten convivir con un máximo de tolerancia y de comprensión. De lo anterior derivan algunas suposiciones de tipo social y psicológico sobre la estructura y funcionalidad de los grupos migrantes en México.

- a) Si bien pertenecen a un grupo social localizado y hasta comparten algunos lazos familiares, no cuentan con una estrategia común de desarrollo. Los grupos familiares no comparten las causales que justificaron el desplazamiento y de inicio no se identifican como clase. Las expectativas son muy diversas en cada núcleo o unidad que, con frecuencia, es una familia que incluye a los abuelos. Mientras unos sueñan con pasar al “otro lado”, otros piensan en algunos recursos para enviar a sus familias, o regresar y mejorar su calidad de vida.
- b) La oferta de trabajo y de salario en los campos agrícolas atomizan los grupos iniciales; por ejemplo, durante la temporada de octubre a mayo en

el Valle de Culiacán o Caborca ya se han descompuesto los incipientes lazos de fraternidad y cada núcleo divaga en la diversidad de la oferta de trabajo.

- c) Tiene lugar un proceso de autocontención que permite la definición de espacios, la demanda personal de beneficios, la búsqueda de equidad y justicia social fuera del marco jurídico y de las tradiciones indígenas y rurales. Este proceso de empoderamiento debilita, entorpece y hace menos probables las tareas de participación y gestión social para generar un discurso que exija mejores condiciones para el bienestar y convivencia armónica entre los jornaleros agrícolas.
- d) Sin contar con la posibilidad expresiva de los signos y símbolos asociados a su cultura, deben ajustarse a otra que no sólo discrimina y aísla, sino que deben incorporar esos otros valores, creencias y actitudes ajenas: las prácticas de vestido, vivienda, religión y asociación, entre otras. El olvido de su historia, origen y prospectiva por medio de un proceso de aculturación resulta en una desincorporación social e ideológica de un entorno lejano, lentamente olvidado y trasladado a un escenario de individualismo, consumo, competencia y con recompensas al ejercicio personal y a la solidaridad con las políticas empresariales.
- e) Rápidamente, el jornalero agrícola —al igual que cualquier empleado, burócrata o académico— aprende y ejecuta las reglas de simulación para ganarse mejores dividendos, promoviéndose a través de acciones no reflexivas hacia aquellos comportamientos que son adecuados mientras exista la custodia.

La estructura e intereses sociales de actores y agentes

El proceso migratorio inicia como una necesidad, no como una voluntad que reconozca los factores de riesgo y asuma una percepción de autoeficacia; se trata de una elección forzada por el hambre, la falta de servicios y trabajo, y esta condición coloca al sujeto en una situación de vulnerabilidad que los obliga a aceptar cualquier ventaja comparativa sobre la condición

actual: no sólo mayor salario, sino la posibilidad de un pago continuo y seguro, pues en las comunidades de origen el común denominador es la incertidumbre económica.

Así, el “campero”, “cuadrillero” o “enganchador” ofrecen un viaje —con medio de transporte incluido— de poco riesgo y mucha certidumbre, lo cual hace más probable incorporarse a las filas de los itinerantes.

Para las mujeres, la situación migratoria resulta en una posibilidad de mejorar su condición humana, pues el trabajo les proporciona recursos que les permiten una participación mayor en la toma de decisiones dentro del hogar. Aún cuando se reporta en la bibliografía reciente que falta mucho por hacer en cuestiones de género en mujeres migrantes, también se dice que la transformación de la mujer, al asumir el papel de trabajador, les ofrece posibilidades inesperadas de expresión de convivencia y situaciones de enseñanza-aprendizaje que se convierten, a corto y mediano plazo, en elementos que cambian el panorama cognitivo y social y que les permiten asumir papeles estratégicos en la organización familiar y de la comunidad.

Esta transformación paulatina de los roles del hombre y de la mujer generan dinámicas que poco a poco son más equitativas entre la pareja y que evolucionan hacia la conceptualización de un sistema de relaciones que pertenecen al escenario itinerante. Sin embargo, al regresar a las condiciones de origen promueve contradicciones inherentes en las relaciones de pareja, en las cuales la mujer se resiste a volver a su papel de sumisión, dependencia, obediencia y trato inequitativo.

Los hijos mayores de 14 años, más susceptibles a los procesos de aculturación, también modifican la concepción que tienen de sí mismos. Parte de los ingresos se invierten en una transformación que los haga parecerse más a los chicos de clase media de las zonas urbanas del norte de México. Sus gustos culinarios y del vestido se transforman ante la variable de modelos de éxito que los jóvenes reciben constantemente. Ellos son los más susceptibles a abandonar las fiestas y tradiciones que les dieron un sentido de identidad en el pasado reciente y a empezar un proceso que culmine con la posibilidad de asentarse de manera definitiva en algunos de los campos agrícolas y evitar así el regreso a sus comunidades de origen.

La condición bilingüe de muchos de estos jornaleros actúa, por un lado, en beneficio de los procesos de conservación étnica; por el otro, estimula el aprendizaje en español. El detalle se encuentra en la forma en que están diseñados los programas educativos para la enseñanza del español, ya que más parece un objetivo desestimular la lengua materna. Así, el proceso de migración es también un proceso de aculturación que no ha sido programado de manera adecuada y que se convierte en un proceso de dominación al promover la superposición de la cultura mestiza sobre la indígena.

Este proceso de aculturación, si bien no protege el desarrollo y la convivencia de las culturas indígenas, sí establece condiciones para que surjan las diferencias y contradicciones entre la pareja y otros miembros de la familia que, a la larga, permiten relaciones más equitativas y toma de decisiones con un mayor nivel cognitivo. Durante el proceso migratorio se establece un sistema de aculturación que separa a los padres de los hijos, los cuales son más susceptibles a los engaños de los medios masivos y más proclives a la imitación.

Por medio de un sistema de contratación laboral, los cuadrilleros o enganchadores surten de mano de obra a los campamentos agrícolas. Forman una cuadrilla de empleados traídos —con sus familias— en todo tipo de transporte y los ubican en un espacio de cuatro por cuatro metros, en el que hay dos o tres literas de cemento o acero, y donde se organiza una cocina, un guardarropa y una estancia con televisión y grabadora.

Cada pabellón está compuesto por diez o doce de estas residencias por lado, con techo de lámina galvanizada. En el campamento invariablemente existen pabellones organizados por el origen de la cuadrilla para ubicar a los trabajadores por estado o región, con el objeto de evitar conflictos sociales por sus diferencias culturales. La mayoría de los campamentos están cerrados, cercados y vigilados, lo que evita la entrada de personas extrañas, estupefacientes, alcohol y armas, y la salida de productos o propiedades ajenas al individuo.

En las entrevistas llevadas a cabo en los campamentos pudimos constatar que, aun cuando existe la necesidad de contar con viviendas más amplias, la mayoría de los moradores considera adecuado el lugar donde viven,

por ser transitorio. En aquellos campos en los que el comedor ofrece todos los alimentos a las familias y evita el manejo de alimentos en casa y su preparación por parte de las mujeres, la vivienda es vista como un espacio suficiente para descansar y ordenar los pocos objetos traídos consigo.

El jornalero agrícola está asociado a un enganchador, y éste a los mayordomos, de tal forma que se estructura un sistema de reglas basado en la costumbre, que hace poco probable que un empleado en un campo agrícola se traslade a otro lugar para mejorar su condición laboral o sus ingresos, pues los enganchadores reclaman su inversión y la lealtad con el mayordomo.

En el espacio del campamento existe siempre una tienda de abarrotes con los víveres económicos para alimentación e higiene utilizados con mayor frecuencia. Por lo general hay un espacio para practicar fútbol, volibol o béisbol, otro para baños públicos y lavaderos compartidos. Son pocas las escuelas con uno a tres salones preconstruidos, menos frecuentes los centros de desarrollo infantil, e inexistente la tecnología de enseñanza.

Además de las restricciones de espacio en la casa-habitación, debe incluirse el enrejado que, más que conceptualizarse como una restricción al libre paso, se entiende como un límite de lo que les pertenece; esas habitaciones de cuatro por cuatro metros se ven extendidas hacia una propiedad que incluye la escuela, las canchas deportivas, los baños, los lavaderos y los espacios para correr y divertirse.

En la mayoría de los campos, los migrantes están afiliados al Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). Los centros de salud se encuentran lejos de los centros de trabajo, por lo que enfermarse constituye un riesgo y los tiempos de espera para asistir al médico ponen en peligro la vida del jornalero. Los pocos que van al centro de salud desisten al poco tiempo en su intento de buscar atención médica, pues su poco conocimiento de los procesos de gestión en el IMSS y sus problemas de entendimiento de la lengua los excluyen, más cuando les piden documentos o dinero.

En los campos, el cuidado de los niños se organiza en espacios no apropiados y por cuidadoras sin conocimiento sobre desarrollo psicológico y pedagogía, aún cuando son personas que hablan la lengua y que, en algunos casos, tienen hijos o han cuidado niños. Lo más grave es que no existen pro-

gramas, materiales o condiciones para estimular al niño en su desarrollo psicológico, autoestima, identidad étnica y plan de vida. Sólo se trata de “guardar” en un espacio de cuatro por cuatro metros a aproximadamente 30 niños para que no salgan y estén bajo control, alimentados sin una dieta programada y con alimentos de baja calidad, mientras sus madres trabajan.

Después de los 14 años, los niños pueden trabajar con sus padres, pero en pocas ocasiones se inscriben como asalariados; se trata más bien de un acompañamiento en donde el hijo ayuda al padre en sus labores. El perfil de los niños menores de 14 años es el siguiente: 42% tiene algún tipo de desnutrición, cuatro de cada diez entre los 6 y los 10 años no sabe leer ni escribir, siete de cada diez mayores de 12 años no terminaron la primaria (Sedesol, Unicef, 1994).

Los niños y sus padres empiezan la jornada a las seis de la mañana —en los casos de Sonora y la península de Baja California comienzan a las cuatro de la mañana en tiempo de verano para evitar las fuertes temperaturas de una a tres de la tarde— y terminan a las cinco o seis de la tarde. La paga se lleva a cabo por semana los viernes o sábados. Las primeras en levantarse son las mujeres y las niñas, que deben preparar el desayuno y, a veces, algo para llevar cuando no se quiere pagar el comedor; la falta de lavaderos obliga también a algunas mujeres a lavar temprano. Al medio día tienen una hora de receso para comer tacos de frijol, papa, tomate, tortillas con sal y salsa de chile, refrescos y café (Cos-Montiel, 2000).

En la actualidad, en los campos agrícolas de Sonora, Sinaloa y la península de Baja California, los niños menores de seis años son cuidados por tres o cuatro mujeres elegidas de los mismos grupos. Se dan dos formas: en aquellos campos en los que existe una etnia con mayor población, estas mujeres cuidan de 60 a 80 niños en instalaciones improvisadas, en los mismos pabellones o en instalaciones adecuadas. En la segunda opción observada los niños se cuidan en las propias casas habitación por mujeres asentadas del mismo origen que aquellos niños que cuidan, con el objeto de reconocer el lenguaje. En ambos casos, el número de niños por persona rebasa los quince y no hay programa alguno de estimulación del desarrollo y prácticas de crianza.

En el sentido de las características de tipo social, estas poblaciones no tienen una comunidad, porque son poco comunes como etnias, y comparten los estilos genéricos de respuesta útiles para establecer una relación verbal y un nivel de socialización de “comparsa”, con patrones interpersonales superficiales que sólo permanecen en el intercambio verbal y no avanzan en un nivel de compromiso, apego e intimidad que permita cumular con ciertos principios o reglas. Las normas son las de la empresa hortícola, pero no se observa participación y gestión social legítima y genuina que se base en el conocimiento y experiencia de los jornaleros migrantes. Este conocimiento y experiencia como grupo social existe y se fundamenta en la reflexión práctica de lo cotidiano. Nuestro egocentrismo lingüístico y social nos hace sordos frente a la diversidad del migrante, por lo que es necesario desarrollar habilidades de hablante y escucha en ambos protagonistas —el grupo social objeto de estudio y el equipo que trata de entenderlo— para desarrollar alternativas de calidad de vida.

Se necesitan estrategias de acercamiento semiótico para entender los símbolos y señales que nos procuren información cualitativa en el análisis del discurso y la narrativa. También es necesario decidir un sistema de interpretación lingüística para los grupos migrantes que les permita entrar en contacto con nuestro discurso y convertir las divergencias del conflicto en convergencias para el equilibrio con equidad en la diversidad.

Los campos agrícolas, al buscar la certificación social de sus productos, en muchos casos han tratado de transformarse radicalmente al ofrecer los servicios del cuidado del niño, promover la capacitación de maestros y evitar el trabajo de niños menores de 14 años. Esta nueva dinámica ha establecido una ventaja comparativa de un campo empleador sobre otro y, por supuesto, de la comunidad de origen a la comunidad de recepción.

En los campos agrícolas, el mayordomo o encargado del campo cuenta con varios supervisores “de línea” que cuidan la calidad de la colecta y, en cada línea, el cuadrillero es, en orden ascendente, el primero en el rango para resolver inconformidad y diferencias.

La mayoría de las tierras pertenecen a empresarios que jamás ven o conocen, y se encuentran separados y excluidos del sistema administrativo,

que los atiende sólo cuando hay necesidad de mediar por los intereses de la empresa. El trabajador se considera prescindible, pues hay tal cantidad de mercado de trabajo que cualquiera puede ser sustituido por otro en todo momento. No hay gestos de agradecimiento; el jornalero y sus hijos son valorados como poca cosa y se sueña con los días en los que una máquina pueda sustituirlos, evitarlos, excluirlos. Pero la rivalidad es biunívoca: al juntar los vegetales tecnificados, el jornalero con tierras improductivas se molesta por tener que trabajar para otro teniendo su parcela y sabiendo que el conocimiento es insuficiente, que lo que hace falta son los recursos financieros y naturales. Las condiciones de vida en los campos y los salarios siempre insuficientes les provocan animadversión hacia la administración y los propietarios.

Bajo estas condiciones de falta de motivación, la producción es baja, aun cuando se trata de trabajo por destajo. Por ejemplo, el número de cajas de uva de mesa colectadas por día no alcanza los niveles de California en Estados Unidos; esto se debe, entre otras cosas, a la relación entre poder y empleado, que relaja las expectativas de ganancia y genera un estado de pasividad, minimiza los beneficios excedentes bajo una propuesta de desaliento que inicia con el desencanto del discurso del enganchador y continúa al enfrentar las precarias instalaciones de hospedaje y salarios por debajo de los deseados.

Objetivos del estudio

En este contexto social, personal y organizacional es en el que se desenvuelve la vida de miles de jornaleros agrícolas migrantes. Nos interesa este grupo social no sólo porque con su mano de obra en los cultivos de alto rendimiento vuelve competitivos los productos hortícolas de los valles tecnificados de riego del norte de México, sino porque los migrantes llevan consigo a la familia y a sus hijos pequeños, que en la mayoría de los casos también participan en la recolección y el empaque como mano de obra. El interés de este estudio tiene dos vertientes. Por un lado, la observación del

lugar de desarrollo, las prácticas de crianza, las interacciones madre-padre-hijo, las relaciones de los niños migrantes con sus pares y, en general, el proceso de socialización; por el otro, los procesos educativos, desde educación inicial —que en este contexto se le llama “niñera”— hasta los de educación primaria, pasando por preescolar. Se busca describir sus fortalezas y debilidades frente al proceso educativo-formativo y de socialización con el objeto de iniciar una colección de materiales que entiendan la personalidad y las expectativas de vida del niño migrante que se transforma en hombre.

Metodología de aproximación al contexto educativo y de crianza

Las siguientes observaciones se llevaron a cabo durante varias visitas realizadas durante los años de 2004 a 2006 a los campos agrícolas de Ceuta y Valle de Culiacán (estado de Sinaloa), y Empalme, Costa de Hermosillo y Caborca (estado de Sonora). Las visitas tuvieron una duración de una semana en Sinaloa, 15 días en Empalme y Costa de Hermosillo, y tres meses en Caborca.

Se vivió y convivió durante este tiempo dentro de los campos agrícolas haciendo entrevistas semiestructuradas a las madres, padres, profesores y niños, con el objetivo de documentar el proceso migratorio desde la perspectiva del niño. Se integraron las siguientes dimensiones de análisis: factores de expulsión; tránsito, rutas y periodos; definición de la condición itinerante a largo plazo; condiciones de vivienda, alimentación y vestido; condición laboral y uso del tiempo libre; estilos de crianza y promoción del desarrollo; educación y recreación; sistemas y gestión, y condición escolar de los profesores y alumnos.

Cada sede aportó de 15 a 30 madres y padres de familia, cuya entrevista fue grabada y digitalizada para su análisis. La información de las entrevistas se analizó con las categorías anteriores con el apoyo del Hyper Research (2006) para lograr la evidencia necesaria y proceder a discutir las condiciones psicosociales del niño migrante junto a su padre y madre en los cam-

pos agrícolas de alto rendimiento del norte de México. La información reconstruye las vivencias del niño con los siguientes actores: profesor, padre, madre, mayordomo, enganchador, amigos, pares y adultos cercanos, y privilegia los procesos de crianza y desarrollo del niño.

Escuelas y profesores

Las escuelas y profesores pertenecen administrativamente a un programa de escuelas de niños y niñas migrantes que depende de la Dirección de Investigación Educativa de la Subdirección de Educación Básica. Los profesores son estudiantes de normal o de preparatoria, reciben una beca de 250 dólares mensuales y trabajan cuatro o seis horas diarias en grupos multigrado con niños de diferentes culturas que hablan diversos dialectos. Los alumnos son niños traídos por sus padres con el afán de obtener un salario adicional. Los niños tienen entre 7 y 14 años; en muchos campos son contratados y estimulados por el enganchador para trabajar en la colecta durante ocho a diez horas. Si no fueran contratados en lo individual, los padres los integrarían a su línea de trabajo para aumentar así su capacidad y su salario. Reconocido o no por la empresa, el niño contribuye a los ingresos familiares; el derecho a la educación se ejerce de manera parcial en un sistema poco usual de enseñanza que requiere un programa de apoyo escolar para la enseñanza de la lectoescritura y las matemáticas en periodos de 90 a 180 días, que es el tiempo que el niño permanece en un campo agrícola.

Durante su paso por la escuela, el maestro propone un horario por la mañana para aquellos que no acuden a la labor, y por la tarde, a partir de las 17 horas, para los que regresan. El cuidado de los niños menores y las labores del hogar, además de las enfermedades diarreicas y respiratorias, son los problemas de salud más frecuentes que impiden la asistencia a la escuela.

Las padres jornaleros migrantes incorporan la mayoría de las veces a dos o tres niños o niñas de 12 a 16 años y, al menos, un niño pequeño menor de 6 años, además de un adulto mayor, padre de alguno de los miembros. El promedio de escolaridad de los padres es abajo de los 4 años y el espa-



ñol que hablan es poco fluido y entendible. Sus criterios de higiene personal y del hogar están muy por debajo de los estándares de la clase media urbana. Hay que considerar, además, lo complicado de mantener una presentación limpia cuando se trabajan de diez a doce horas con temperaturas arriba de los 35 grados, con poco espacio, acceso restringido a detergentes y un ambiente saturado de polvo.

Debido a su experiencia propia, al ejercicio de los criterios compactos y a una carga de pesimismo aprendido, los padres consideran que la escuela no es un medio de escalamiento social, y su contribución a la lectura y la escritura es apenas la necesaria, ya que consideran que la vida cotidiana es mucho más ilustrativa que los libros de texto.

La representación social de la escuela por parte de los itinerantes es sólo como un espacio de entretenimiento de los niños para aprender a socializarse y a convivir con los otros, pero no se estimula la permanencia ni el éxito de las metas escolares. La escuela, en la escala de valores

de los escenarios, viene después del trabajo, la familia, la salud, las tradiciones y la comunidad. La información y el conocimiento no son artículos de consumo importantes en los cuales se deba invertir tiempo y dinero, dentro de una paupérrima economía.

Los padres y hermanos no tienen un excedente de tiempo para atender las demandas de aprendizaje de los niños, y los cuidadores no tienen las habilidades para transferir el conocimiento. El desarrollo del niño está restringido a las habilidades de socialización y juego con sus pares dentro de los espacios donde son mantenidos de ocho a diez horas diarias. Si se tiene más de 6 años y menos de 14, la escuela y el campo ocuparán su espacio y se mantendrá dentro del campo, la vivienda o el pabellón después de las horas de escuela, conviviendo con los pares de su misma edad y condición social. Miles de niños están en los campos agrícolas sin preparación, sin expectativas, bajo el riesgo de reproducir un ciclo de miseria que desemboca en una condición humana paupérrima y termina en la cárcel, pagando un delito asociado al alcohol o a las drogas.

La madre está relativamente más atenta de los procesos de la escuela y asiste a las reuniones, pero el apoyo en las tareas es más probable que se dé por parte de un hermano mayor. En la mayoría de las aulas, los espacios son demasiado pequeños para organizar un escenario adecuado para trabajar con grupos multigrado. Cuentan con mobiliario deteriorado, incompleto e insuficiente. El descuido de las aulas puede deberse a la falta de pertenencia a la escuela por la condición transitoria de la estancia. Los niños se agrupan por afinidad cultural o por la lengua materna y se relacionan con pares de la misma edad. Los materiales educativos de lectura y lógico-matemáticas son escasos y, si existen, son insuficientes e incompletos.

La incorporación frecuente de niños y el abandono de otros convierte a las aulas en escenarios de poca colaboración y solidaridad entre compañeros, quienes pocas veces alcanzan a formar las bases de una relación interpersonal sólida de conocimiento, afectos y emociones que permitan el apoyo mutuo, su reconocimiento como estudiantes y del espacio como aula.

El tránsito de los alumnos crea en el maestro un sentimiento de desesperanza que obstaculiza una percepción de control en el aula y desarrolla una

posición de hacer lo que se pueda para buscar una consonancia cognitiva con un entorno adverso a sus expectativas de logro. Las estrategias didácticas y motivacionales de planeación y evaluación que les propone el programa diseñado por la Secretaría de Educación Pública (SEP) no les ofrece una alternativa coherente, objetiva y pertinente para enfrentar esta realidad en el aula. No existe una percepción de riesgo frente a la falta de habilidades y competencias escolares porque no se perciben como necesarias para el desarrollo humano; tampoco se tiene una concepción de la falta de educación como un riesgo potencial por parte de los padres.

Así pues, un paradigma de autoeficacia y autorregulación no es aplicable en una situación en la cual las personas no cuentan con las habilidades necesarias de planeación y evaluación, porque éstas tienen poca probabilidad de ocurrencia en un contexto de pobreza extrema, en donde los excedentes de tiempo e ingreso son nulos y la solución de los problemas no se encuentra en un nivel lógico muy elemental.

Éste es el contexto de línea base con relación a las habilidades y competencias de las familias, maestros y alumnos que se encuentran en el aula de niños y niñas migrantes. Estos niveles, desde lo psicológico, nos muestran la existencia de una funcionalidad y una operatividad del comportamiento en un nivel de explicación muy elemental, en el cual las personas utilizan el lenguaje como instrumento de comunicación para hacer o responder a elecciones sobre objetos y eventos, y muy pocas veces las relaciones conductuales que establecen se dan en un nivel de complejidad simbólico utilizando un pensamiento disyuntivo y conjuntivo. Esta población presenta restricciones en sus habilidades para aprendizaje colaborativo y las conductas sociales complejas en colectivos (por ejemplo, para la gestión y participación social). El reconocimiento de este contexto es importante para el diseño y planificación de estrategias de cambio de conocimientos, actitudes y conductas.

La descripción del capital humano que se desarrolla en las páginas anteriores se refiere sólo a los trabajadores agrícolas en proceso de migración. Las poblaciones sedentarias en los campos que fueron en algún momento migrantes y se asentaron en un lugar tienen habilidades y competencias dis-

tintas. Esto no quiere decir que el ser migrante implique un nivel funcional más elemental, sino que, una vez asentado, las oportunidades y elecciones para la atención en salud, educación, vivienda y trabajo permiten una mejor calidad de vida que hace posible dos elementos: un incremento en los excedentes que probabiliza la planeación activa, y la exigencia de niveles de conducta más complejos al iniciar una relación importante con la vida ciudadana que plantea otros problemas y niveles de ajuste.

En relación con los estilos sociales, esta población itinerante puede ser caracterizada con base en constructos de enfrentamiento, autoconcepto, orientación al logro, *locus* de control y bienestar subjetivo. Los grupos nómadas tendrán, con certeza, rasgos comportamentales como estilos invariantes de responder ante los riesgos que son genéricos y que comparten entre ellos y otros específicos a los subgrupos étnicos.

En el sentido de las características de tipo social, estas poblaciones no tienen una comunidad, porque son poco comunes como etnias y comparten los estilos genéricos de respuesta útiles para establecer una relación verbal y un nivel de socialización de “comparsa” con patrones interpersonales superficiales que sólo permanecen en el intercambio verbal y no avanzan en un nivel de compromiso, apego e intimidad que permita comulgar con ciertos principios o reglas. Las normas son las de la empresa hortícola, pero no se observa una participación y gestión social legítima y genuina que tenga su base en el conocimiento y experiencia de los jornaleros migrantes.

En este contexto resulta inconciliable proponer sistemas copiados que emulen las condiciones de la escuela urbana de clase media. La escuela rural multigrado y, particularmente, la multicultural e itinerante, requiere pensarse como un universo conceptual independiente, sin pretender segregarse. Esta población lleva de lado a lado del país un conjunto de mitos, ritos y tradiciones que pertenece e identifica el mexicanismo y estructura en sus parejas más y mejores expresiones de una identidad nacional. Es importante partir de un acuerdo sobre el objetivo de una escuela de este tipo: que el desarrollo de habilidades lógicas y de la lectoescritura sean útiles para el mantenimiento de sus procesos de identificación social y personal. Se esperaría una actitud reflexiva y crítica frente a su situación indígena

y rural que sirva para reproducir los procesos sociales de comunicación, educación, salud, religión, crianza, relaciones de pareja y otros.

¿Qué necesita aprender un niño indígena itinerante en un grupo multigrado con un profesor que cuenta con una incipiente capacitación en el proceso de enseñanza-aprendizaje? Primero, la historia de sus antepasados, sus proyectos, sus producciones narrativas y las bases comunitarias y colectivas que hicieron posible su subsistencia. Segundo, debe aprender a reflexionar sobre los conceptos antes mencionados. Tercero, requiere ser capaz de planear un proyecto familiar o colectivo, escribirlo y narrarlo. Creemos que esto podría ser el objetivo de la escuela de niños migrantes: la integración e identificación del niño con su comunidad y la posibilidad de una reflexión crítica sobre su pasado, su presente y su futuro.

Las técnicas instruccionales, contenidos y, en general, el modelo curricular de dos ciclos de la escuela de niños migrantes —aun cuando está moldeado sobre condiciones ejemplares de la cotidianidad del niño migrante y su modelo formativo en habilidades académicas básicas— es muy parecido al de la escuela urbana de clase media. Lo más complicado de la escuela de niños migrantes es la incapacidad del maestro para reconocer las habilidades de los niños, pues el sistema de rotación de alumnos es muy elevado durante los tres o cuatro meses de duración de la pizca y no hay forma de darle al alumno una inscripción que le permita aparecer en una computadora y tener información sobre su actuación académica para programar su estancia. Las escuelas migrantes no existen con el sistema escolar, no tienen número de registro y se ubican dentro de los campos agrícolas propiedad de la empresa. Los recursos para la capacitación y evaluación de este programa son nulos y tienen poca superación técnico-pedagógica.

La población escolar se encuentra entre el primer y el tercer grado, muy pocos terminan las evaluaciones de primaria y obtienen su documento probatorio. En este ambiente, todas las aspiraciones sociales y de los maestros se dirigen a la lectoescritura y a las matemáticas, a leer, escribir, sumar y restar. A los maestros les preocupan sobremanera estas competencias académicas básicas; cuando encuentran niños que ya dominan estas compe-

tencias los colocan como ayudantes para apoyar los procesos de los más pequeños. Los esfuerzos iniciales por la enseñanza de tópicos curriculares adscritos a cuarto, quinto y sexto grados son poco estimulantes, pues los padres no cuentan con muchas habilidades para apoyar el esfuerzo de los maestros. Por otro lado, cuando el corte de la uva requiere de mayor mano de obra, los niños abandonan la escuela y pasan el día en la labor, toda vez que el mayordomo consiente el trabajo infantil para lograr la mayor producción en los días en los cuales la uva cumple con los criterios de glucosa para ser cortada. De por sí, el ciclo de enseñanza es corto, el número de horas clase es mínimo y la insistencia por la urgencia de los cortes mantiene al profesor en una condición de poca motivación frente a un esfuerzo máximo con un mínimo de habilidades en sus alumnos.

Los profesores y su testimonio

Los profesores aprenden a esperar un milagro para recuperar la fe, la esperanza y continuar entregando su vida y conocimiento a una ilusión, a un sueño que parece irreal. Los niños viven sin amparo; los maestros, excluidos del sistema. Las vidas de los mentores son inconclusas, impenetrables, difíciles de entender; la migración del niño es geográfica, la de ellos, conceptual. Ellos reportan navegar a través de teorías y técnicas de aprendizaje y de ciencias y expectativas para mantenerlos enseñando.

El proceso de enseñanza está atrapado en las necesidades de la recolección que dicta el encargado del campo (la glucosa de la uva, la necesidad del espárrago, el color del tomate, el tamaño de la berenjena) y lo que conviene a los padres, y así todos piensan en sus necesidades. Un día sueñan los maestros: que la uva de mesa sólo alcance la glucosa (grados brix) cuando los niños hayan aprendido a leer, que el condicionamiento de los procesos fuera a favor del niño en un mundo del revés.

Pierden las esperanzas cuando los padres se llevan a un niño que reconocía el alfabeto, después de dos meses, o a la niña más adelantada se le exige trabajar la semana, algunos de los pequeños enfermó o la madre no

permite al hijo asistir. La falta de asistencia es un obstáculo a enfrentar, todos los días van a los pabellones en busca de sus alumnos y reclaman a la madre o al capataz la inasistencia del niño a la escuela.

Los maestros ven que cada semana alguien se va y alguien nuevo llega; la itinerancia pedagógica no tiene fin, muda la composición de los equipos, reacomodan los grados, vuelven a la planeación y ajuste curricular, en breve están frente a otra borrasca, una epidemia, las necesidades del corte, las creencias y representaciones de los padres que redujeron la estadía y con ello la posibilidad de jactarse en el placer de la recompensa intrínseca por el logro obtenido en una narrativa infantil austera de éxitos.

Niños y profesores pierden la oportunidad didáctica, seguir los cánones pedagógicos que reducen, impiden e ignoran quien es él y quienes son ellos. El sistema educativo es el capataz que los obliga y los empuja a una relación de tránsito, obligados por unidades y objetivos que nunca se pueden alcanzar y metas que se deben simular. En este gran teatro, el profesor debe rescatar su creatividad e imaginación ante la imposibilidad de entender diez o más lenguas; el dibujo, la mímica, el guiñol o alguna otra forma lúdica u onírica pueden ayudar a tender un puente entre ellos y los niños, ambos viajeros en distintas direcciones.

La frustración y la falta de tolerancia son el eje del quehacer docente en el aula multigrado intercultural, cuando se siguen recetas administradas como medicamentos; la vida puede cambiar si el objetivo de cada clase fuera estudiar sus afectos y emociones, sin grandes pretensiones académicas, caminar lentamente por los miedos y la desesperada posición de toma y daca de cada uno de los niños.

El profesor quiere aprender a vivir como ellos, en lo superficial, como anfibios, porque la confianza, protección y, sobre todo, el control, se ganan con el sedentarismo, la permanencia; la inmanencia ata a lo impredecible, lo probable, lo que tiene poco control. Los docentes dicen: “Ser pobre puede ser lamentable; indígena y además itinerante es deplorable, te excluyen, huyen y limitan propios y extraños dentro y fuera del lugar de origen.” Así también, ser mujer lejos de casa, pobre y trabajando en los campos agrícolas las ubica, en el mundo del magisterio, entre el purgatorio y el infierno.

Los profesores están excluidos del sistema educativo, no tienen prestaciones ni salario ni seguridad social; cuentan con una cobija, una cama de cemento, un baño en pésimas condiciones y un mundo por conquistar. Los docentes, en un ejercicio introspectivo de soledad y desamparo, se vuelven sensibles al mundo de los excluidos; pueden cruzar la barrera que los separaba, tomar sus manos y ver sus ojos tímidos y tristes, reír con sus historias y aprender de sus intensas experiencias de vida. Todos cruzamos el limbo de nuestros preconceptos y la falta de higiene para encontrar razones; sus pocos modales explicaron el proceder autoritario y sus principios rituales y místicos nos reintegran una ética perdida en el torbellino juvenil.

Investigadores y profesores ahora aprendemos a jugar, a soñar junto con ellos, y cuando el mundo institucional nos envía a uno de sus policías a supervisar, se les ofrece un discurso conocido y previsible que llene sus expectativas burocráticas y satisfaga a los del sistema educativo allá en sus lejanos y refrigerados espacios en donde la buena voluntad a fuego y espada construye un currículo para incorporar a la globalización lo único que nos queda lejos del televisor y de la internet.

Tal vez a la vuelta del tiempo nos encontremos con alguno de los migrantes y siga igual de miserable, y a pesar de eso nos regale una sonrisa en su oscura realidad y recuerde que un día fue feliz en un aula de un campo agrícola tratando de entender, conocer e interpretar el complicado mundo de los nómadas; nos lamentaremos en un abrazo por la importancia de la partida sin nuestro consentimiento. Los girasoles al alba se orientan hacia el sol sin hojas, los giralunas en la penumbra asoman su virtuosidad verde y amarillo provocando al cuarto menguante su regreso y al creciente su tránsito, siempre en movimientos opuestos, irremediables, irremisibles e irrefutables.

Conclusiones

Bajo una racionalidad económica que se fundamenta en la necesidad de exportar hortalizas como medio para generar divisas, trabajo y capital será

muy difícil establecer un diálogo inteligente y fluido con los dueños y mayordomos de los campos agrícolas, pues desde su perspectiva, son los mártires redentores del trabajo a destajo que enriquece a los campesinos más pobres de México, quienes, que de otra manera, estarían condenados a morir de hambre en sus lugares de origen. Esta postura no permite hacer de los campos agrícolas lugares promotores del desarrollo humano y facilitadores de los procesos educativos que deberían ser construidos por el Estado, la ciudadanía y los empresarios, partiendo de una racionalidad humana y colectiva de largo plazo incluyente, que apoye no sólo el desarrollo de una empresa, sino de una región.

En este contexto, el niño hijo de jornalero migrante es excluido de la escuela, de las relaciones sociales y afectivas que le permitan un desarrollo acorde con sus necesidades y aspiraciones. Es difícil suponer que todos los niños que se quedaron en casa tienen las mejores elecciones y desarrollan de manera más consistente sus aspiraciones. En los pueblos de los altos de Chiapas, en la sierra de Guerrero y la costa de Oaxaca, la situación del niño no es mucho mejor en cuanto al nivel de ingreso, pero sí lo es en su educación y socialización. Los procesos de identidad social de los niños sufren cambios inusitados e irreversibles cuando, en los años fundamentales de su aculturación a la lengua, rituales y mitología, se encuentran en un mundo transitorio del cual no han terminado de entender las tradiciones de su lugar de origen cuando ya deben relacionarse con otras que son diferentes y disímiles.

El sistema de explotación de los niños se reproduce tanto en la tierra de origen como en los campos agrícolas; es parte de una idiosincrasia ancestral que permite acercar e instruir al joven niño en un proceso instructivo de amor por la tierra que nos da sus frutos a través del trabajo del hombre; sólo así es posible enseñar al niño a amarla. Este ritual de entrenamiento es muy bien aprovechado por los empresarios del norte para obtener mejores precios de venta, pero sin una percepción de futuro para esos niños, y sin interés siquiera sobre su salud, nutrición o desarrollo.

Las observaciones nos indican que, durante la itinerancia, las familias migrantes no guardan ni buscan lazos de solidaridad que permitan no sólo

el desarrollo de sus tradiciones, sino apoyos más elementales para resguardar la salud. En este entorno de egocentrismo e individualismo, el resultado es un olvido de las necesidades y expectativas del niño, quien, ante las vicisitudes de los cambios de ruta, queda relegado al ostracismo afectivo y emocional, acallado y silenciado por no contar con la edad y ser considerado una persona sin credibilidad ni juicio.

La escuela es un instrumento de formación a disposición del arbitrio de mayordomos o dueños de campos agrícolas, quienes aceptan o rechazan la incursión de la SEP en sus terrenos de propiedad privada. Toda vez que aceptan la introducción de la escuela, el campo no se ocupa de darle continuidad ni de cuidar la calidad del proyecto de formación. Ni ellos ni los padres instrumentan mecanismos para lograr un óptimo resultado en la evolución académica de los niños y, por supuesto, es menor su interés en los aspectos de socialización y desarrollo psicológico de los niños.

El desamparo social del niño migrante es tal que se hace necesario un programa de investigación que nos informe sobre la salud mental de los niños y sus impactos en la adolescencia y la juventud.

BIBLIOGRAFÍA

- Arroyo, S. R., 1997. *Los jornaleros agrícolas migrantes: una visión nacional*, ponencia presentada en el “Foro sobre los jornaleros agrícolas migrantes”, La Paz, Baja California Sur.
- Cos-Montiel, F., 2000. “Sirviendo a las mesas del mundo: los niños y niñas jornaleras agrícolas de México”, en Del Río N. (coord.), *La infancia vulnerable de México en un mundo globalizado*, Universidad Autónoma Metropolitana-Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), México, pp. 79-84.
- Laborín-Álvarez, J. F., J. A. Vera, 2000. “Orientación al logro y evitación al éxito en población que habita la región noroeste del desierto de México”, *Suma*, vol. 7, núm. 2, Colombia, septiembre, pp. 211-230.
- Morett, J. y C. Cosío, 2004. *Los jornaleros agrícolas de México*, Diana-Universidad Autónoma de Chapingo, México.
- Muñoz, A., 1996. “La mujer jornalera en el valle de Culiacán, Sinaloa. Un estudio de caso”, en Barrón, A. y Cifuentes, L. (coord.), *Mercado de trabajos rurales*

- en México. Estudios de caso y metodologías*, Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma de Nayarit, México.
- Researchware Inc., 2006. *Hiper research software for qualitative analysis*, version 2.7, Estados Unidos.
- Sánchez, K., 1992. “Los niños en la migración familiar de jornaleros agrícolas”, en Del Río N. (coord.), *La infancia vulnerable de México en un mundo globalizado*, Universidad Autónoma Metropolitana-Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), México, pp. 79-84.
- Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL), 1994. *Niños jornaleros en el Valle de San Quintín*, SEDESOL-Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), México.
- Vera-Noriega, J. A., Tánori, B., 2002. “Propiedades psicométricas de un instrumento para medir bienestar subjetivo en población mexicana”, *Apuntes de Psicología*, vol. 20, núm. 1, Universidad de Sevilla-Colegio Oficial de Psicólogos, pp. 63-80.